

En su cuento «Historia del guerrero y la cautiva», Borges describe la visión del bárbaro que llega a Ravena en estos términos:

Ve el día y los cipreses y el mármol. Ve un conjunto que es múltiple sin desorden; ve una ciudad, un organismo hecho de estatuas, de templos, de jardines, de habitaciones, de gradas, de jarrones, de capiteles, de espacios regulares y abiertos. Ninguna de esas fábricas (lo sé) lo impresiona por bella; lo tocan como ahora nos tocaría una maquinaria compleja, cuyo fin ignoramos, pero en cuyo diseño se adivinara una inteligencia inmortal.<sup>1</sup>

Tal vez, en septiembre de 1978, cuando llegué a París por primera vez, me tocó ser ese bárbaro. Y, aunque venía de otra ciudad «tres veces más grande que París y tres veces más pequeña»,<sup>2</sup> me quedé asombrado ante una complejidad que, desde hace más de cuatro décadas, he tratado de desentrañar.

Debo decir que algunas cosas aprendí y otras me obligué a desaprenderlas, por lo que ya no puedo considerarme un mero turista, pero tengo muy en claro que no soy ni seré un local. Quizás por ello puedo permitirme alternativamente la admiración y la crítica, la aventura y la rutina, el asombro y el aburrimiento. Así, ya sé que, apenas llegado, voy a sentirme feliz

---

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges. «Historia del guerrero y la cautiva», en *El Aleph*, Buenos Aires, Losada, 1949.

<sup>2</sup> Raúl González Tuñón. «Escrito sobre una mesa de Montparnasse», en *La calle del agujero en la media*, Buenos Aires, Gleizer, 1930.

e, incluso, emocionado por el simple hecho de caminar por las calles de esa bellísima ciudad, y que, a medida que pasen los días, voy a ponerme progresivamente impaciente ante todo aquello que nunca me gustó. Por lo tanto, éste es un libro de naturaleza híbrida que reúne historia, observaciones y datos recogidos en esos más de cuarenta años de visitas a París y que no aspira a ser objetivo porque depende de una mirada, condicionada por mis gustos e intereses, también por mi historia personal y mi cultura. Habla entonces de lo que me llamó la atención, que no siempre coincide con lo que, se supone, debería haberme llamado la atención. Así, el lector descubrirá que en «mi» París hay secciones enteras de la ciudad de las que he preferido no hablar. Puedo en cambio decir que cada vez que me he ocupado de algún aspecto en particular lo hice tratando de ser todo lo riguroso que pude, investigando sobre el tema, desde todos los ángulos a mi alcance.

La experiencia me dice que las ciudades no dependen tanto de su carácter como de las personas con las que nos relacionamos en ellas. Por eso, considerando los viajes realizados a la capital de Francia, debo decir que he sido muy afortunado, que muchos amigos franceses me han abierto la puerta de sus casas y me han permitido compartir con ellos y con sus familias lo que el simple turismo raramente permite. Buena parte de esas personas constan en la lista de mis agradecimientos porque de cada una he aprendido algo. En distintas oportunidades, códigos que me son del todo ajenos; en otras, miradas sobre el mundo que antes no había considerado. También, el amor por ciertos lugares y, claro, nuevas costumbres, que incluyen aficiones gastronómicas antes desconocidas para mí, tan argentino.

Mi versión de París es nada más que una traducción entre muchas otras posibles. Sospecho que el tiempo ha hecho que se parezca cada vez más a las personas que la compartieron conmigo, ayudándome a descubrirla, que a la ciudad en sí –si

es que existe esa entidad–, de la cual, no obstante, intenté dejar algún testimonio relativamente ajustado en las páginas que siguen.

*Jorge Fondebrider*